

LA PIEL DE LA VOZ

por Fátima Miranda

Todo aquello que se vive, se anhela, se adquiere o se pierde a lo largo de la existencia, va dejando su huella en la voz de cada individuo. A modo de memoria, los afectos, enseñanzas, alegrías, adioses o accidentes van registrando en cada voz señales, arrugas, cicatrices, caricias, gestos, brillos y sombras, otorgándole su peculiar grano, textura, color, cadencia, timbre y expresión única, la de cada ser. La piel de la voz se escucha.

Cuando se compone hoy para esas voces otras, extremas, sin límites ni cánones, la cantidad y calidad de detalles a hacer constar en partitura es por tanto tan extensa y sutil como la capacidad de escucha/emisión del que la compone/escribe/canta. La clave de sol, el pentagrama y la división de la octava en doce semitonos iguales (establecida a finales del siglo XVIII), devienen hoy obsoletos y más que insuficientes.

Expresar con precisión en términos de alturas, medidas absolutas y ornamentos convencionales la amplitud, levedad o riqueza de ciertos sonidos vocales (así como la de otros instrumentos), hoy ya sólo es posible si se incorporan otras formas de escritura. Los parámetros ya son otros o tal vez los de siempre, aquellos de antes de que la escritura musical fuera codificada y encorsetada o incluso de antes de que el canto deviniera música.

Tras la larga crisis de la oralidad que futuristas y dadaístas ya empezaron a remontar, volver a los pneumas, a los signos y a los grafismos, combinándolos si el caso lo requiere con textos explicativos y con escritura convencional sobre pentagrama, nos parece hoy el procedimiento más justo y eficaz para plasmar sobre papel todos los potenciales matices de los que esas voces y músicas otras son capaces.